

GRANDEZA Y MISERIA DEL EJERCICIO POLÍTICO

Pedro Lezcano

Mi reconocimiento personal por la distinción que de ustedes recibo se ve empañado de inmediato por un primer sentimiento de intrusismo. Si lo que ustedes, como colectivo de pensadores, deseaban era el testimonio directo de un político de oficio que pudiera brindarles elementos de juicio para un análisis ético-social del hombre público, temo que hayan elegido mal la persona. No soy un hombre público; soy un advenedizo en la política, que lleva ya una década de ejercicio indebido y cada vez ve menos clara su misión y su meta.

Me resulta obligado —sin un ápice de narcisismo— dar noticia escueta de mi autobiografía: Soy un poeta en paro. Estadísticamente, la mayoría de los gestores públicos han sido hombres de leyes. Y aunque me resulta difícil entender que la abogacía, arte de usar las leyes en defender a quien le paga, sea la profesión que garantice la equidad insobornable que el mester público requiere, la realidad es que los Parlamentos están nutridos de letrados. He de confesar, sin embargo, que la inspiración de las musas del arte parece aún más distante y ajena a la cosa pública. Particularmente, prefiero las Tablas de Moisés a las adivinaciones de los vates clásicos.

La ambigüedad está servida. ¿Qué aptitudes fundamentales deberá poseer la persona que ostente cualquier zona de poder? Acaso por modestia o por deseo de mortificación precristiana, Platón excluyó a los filósofos de la administración de su ideal república. De ello se ha escrito mucho que yo ignoro; pero en mi experiencia de diez años cuánto hubiera deseado tener por compañero a cualquiera de los pensadores que veo en esta sala y que me consta que armonizan dos cualidades esenciales: la sabiduría y la honradez. ¿Necesita el oficio de gobernar los derechos del prójimo alguna otra virtud que no sean éstas? Si necesitan otras, serán en todo caso virtudes menores o complementarias.

Pero la gran mayoría del pensamiento vivo de un país se autoexcluye de los asuntos públicos. Este es uno de nuestros grandes pecados colectivos: que si la ética más dignificadora no reconoce nada que le sea ajeno en sí, nada que sea *cosa de otros*, las mentes más preclaras no deberían marginarse de misiones de interés colectivo tan arduas e importantes.

Hace unos meses tuve el honor de conversar con don Severo Ochoa, a quien tuvimos de huésped en Canarias, junto a ocho Premios Nobel más. Sostenía el bondadoso sabio que lo propio de ellos era investigar y ampliar el mundo conocido y que era cosa de *otros* la aplicación de sus descubrimientos. Con cierta imperpetinencia yo censuré aquella gratuita división del trabajo —unos descubrir, otros utilizar—, que había demostrado su peligrosidad en la historia reciente cuando las



fórmulas pacíficas de un físico eminente habían alcanzado desgraciadamente la ciudad de Hiroshima.

Si la política es *cosa de otros*, si el pensador se conforma con definir que la persona debe ser *autónoma* y *solidaria*, como realidad humana equidistante del simple *individuo* y de la colectividad sin alma, si se conforma con tan bellos sondeos en la estructura social, me temo que esta sociedad va a mejorar muy lentamente en sus niveles de felicidad.

Pensadores no faltan, ¿pero dónde están los hacedores de los pensamientos? ¿Por qué los pensadores no se apuntan también a ejecutores? ¿Por qué los hacedores profesionales despiertan tan invencible repulsión en los espíritus lógicos?

No crean ustedes que con estas preguntas impertinentes trato de acosar a nadie. En realidad no hago sino expresar el grado de frustración personal que me produce la actividad política diaria. Creo que la política en general desprende suficiente pestilencia para ahuyentar a las personas sensiblemente honestas. El encumbramiento de los mediocres hasta el escaño de los dirigentes produce un inevitable hastío ciudadano. El mismo hastío que impulsó a los jóvenes de 1968 a clamar por las calles: *¡La imaginación al poder!* El grito era tan benévolo como erróneo, porque la imaginación puede engendrar monstruos. Lo que correspondía ensalzar hasta el poder no era sólo la imaginación, sino también la inteligencia, la probidad, la calidad humana de que carece.

Nada puede extrañarnos que una gran parte de quienes acceden al poder político carezcan de las facultades y merecimientos necesarios. Permítanme una breve disquisición sobre el tema del alpinista afortunado.

Es un hecho que nuestra sociedad se fundamenta en los diplomas, en títulos homologados que autorizan al ejercicio de variadas funciones: enseñar, conducir vehículos, sanar cuerpos o almas, matar en ocasiones, etc. Los tribunales expedidores de licencias afinan el rigor de las pruebas de acceso a medida que crece la responsabilidad de las funciones. Así el conductor de un vehículo unipersonal obtiene su permiso con facilidad; no tanto aquellos que en sus manos tienen la seguridad de múltiples viajeros. Todo muy lógico hasta ahora. Pero esta lógica se quiebra de repente y regresa a la ley de las cavernas cuando lo que pretende el aspirante es conducir a todo un pueblo a través de la Historia. Se puede ser "Duce" o conductor de una nación sin más carnet que el de pintor de brocha gorda, maestro de escuela o cabo del ejército, por seguir ejemplos conocidos. O sin ninguna credencial fiable, igual que en el Paleolítico, donde mandaba el poseedor de la más poderosa hacha de piedra. Hoy la piedra puede llamarse bomba H o poder económico o, en el mejor de los casos, astucia dialéctica, que tampoco garantiza la honestidad ni la eficacia. Nuestra experiencia parece confirmar las desalentadoras conclusiones de P. J. Proudhon cuando, revisando la idea de la revolución en el siglo XIX, escribe:

"Ser gobernado es ser vigilado, inspeccionado, espiado, dirigido, legislado, reglamentado, encasillado, adoctrinado, sermoneado, fiscalizado, estimado, censurado, mandado por seres que no tienen ni título, ni ciencia ni virtud."



Mal han de ir las cosas en tanto el poder ejecutivo se erija a sí mismo, pueda ser ocupado por el escalador más ambicioso. El solo hecho de ambicionar el poder es ya una declaración de ineptitud, una demostración de no idoneidad. Porque el poder únicamente puede ser apetecible en sí mismo cuando va a ser usado en provecho propio. El poder como ejercicio altruista es un compendio de sacrificios no remunerables, de permanente autocrítica, de prioridades imposibles. Conjunto de fracasos que nadie en su sano juicio puede apetecer vehementemente, si no es otra cosa muy distinta lo que busca.

Objetarán ustedes que la suerte del escalador ambicioso no es aplicable en un sistema democrático, donde para llegar a las alturas se precisa el consentimiento mayoritario del electorado. Siempre nos ha alentado la esperanza en la infalibilidad de las urnas, suponiendo que la inmensa mayoría no puede equivocarse en la elección. Pero la realidad demuestra que es el mismo sistema electoral el que asegura la manipulación del voto, según las leyes infalibles del marketing. Un comicio democrático debiera ser como un concurso oposición de los candidatos ante el supremo tribunal del pueblo. Pero en la práctica este tribunal está vendido previamente. Mientras algún opositor humilde expone su programa amordazado desde el fondo de un pozo, otros privilegiados acceden a la opinión pública desde todos los medios de comunicación privados y estatales, invaden las sobremesas familiares a través de la televisión, abruman al electorado en campañas multimillonarias: predeterminan lo indeterminado con muy escaso margen de error. Este último año se han producido unas Elecciones novedosas en forma de debates teledirigidos que por reveladores y recientes merecen comentario expreso. Experiencia tristísima de cómo se puede frivolizar y degradar la democracia. Porque se da por entendido que el ejercicio democrático exige como condición *sine qua non* la libertad del elector para elegir. Sin esa libertad, las urnas podrían sustituirse por cadenas y daría igual. Y esta libertad para elegir supone asimismo que no se falseen los criterios de elección, que los electores aprendan a escoger al político, administrador de su polis, ponderando sagazmente sus facultades intelectuales, morales y temperamentales, así como la credibilidad de sus programas. Averiguaciones un tanto azarosas, pero indispensables. Por el contrario, el espectáculo televisado no tenía otro objetivo que su propio éxito de audiencia, halagando el aspecto folclórico del debate sobre cualquier intento de alcanzar la verdad. Por si cupiera alguna duda, recordarán ustedes que don Jesús Hermida prologó el primer asalto ensalzando la bondad de la prueba, que en el caso por él bien conocido de la elección del Presidente Kennedy tuvo un influjo decisivo para su victoria el hecho de que el bueno de John estrenara una camisa color azul claro que dio en la pantalla monocolor de la época un matiz a su rostro de irresistible seducción. Tras este agudísimo proemio, comienza el *match* dialéctico con una tediosa exhibición de gestos despectivos, autosuficiencias, camisas azul cielo y descalificaciones. Nada importaba la verdad, pero sí su apariencia. Incluso cuando aparecían datos estadísticos, la relatividad de la aritmética era infinita. Alguien situó la fiscalidad nacional muy por encima de todas las naciones, en tanto el otro arguyó que estaba cuatro puntos por debajo de la media europea. Pero el simulacro de debate siguió por largas horas. ¿Cómo es posible que una contradicción sustancial no detuviera, no frenara de



raiz el diálogo? Daba la impresión de que en su fuero interno, cada interlocutor toleraba al adversario la inexactitud de sus datos en consideración a la inexactitud de los datos propios. Lo importante era no vacilar, no cuestionar la imagen de triunfador escenográfico.

Desde hace veinticinco siglos, los atenienses nos han enseñado la ciencia de la controversia. Después, los escolásticos la formalizarían silogísticamente. Sabemos por la mayéutica socrática que de la discusión puede nacer la aproximación a la verdad, si es que se quiere. Pero cuando lo que se desea es seducir a un auditorio para que adquiera el producto que uno vende, nos salimos de la filosofía para entrar en la ciencia, nada despreciable, del supermercado.

Con estos comentarios míos de actualidad acaso inoportunos, me estoy apartando sensiblemente de lo que aquí me traía: dar cuenta de las glorias y miserias personales en la gestión política. Y retomando el tema, a propósito de la falsificación de la dialéctica, la ficción del debate, la burla política de la polémica, podría referirme a mi experiencia de cuatro años en el Parlamento regional de Canarias.

Cuando en abril de 1991 abandoné el escaño, dispuesto a no volver, hice unas declaraciones explosivas en la prensa local: "El Parlamento, la cámara mas baja de la democracia". Durante el cuatrienio de la legislatura jamás desde la tribuna pude ver a ninguno de los sesenta diputados convencer a otro miembro de la cámara con sus argumentos. Ni un solo orador hizo variar jamás los criterios fijados de antemano por el clan gobernante.

Allí, en el hemicycle, sentados escenográficamente, habían pasado años de tedio las sesenta cabezas pensantes mas destacadas de la región canaria. Los ciudadanos electores vivían persuadidos de que el destino de las Islas estaba bien guardado por tan insomnes y doctos veladores. Y a la hora de abandonar el Parlamento me llevé la vergüenza de haber contribuido a un largo, complicado y costoso engaño a la ciudadanía. Pues por aquella sala fastuosa habían pasado temas muy importantes para el pueblo: Leyes transformadoras de nuestra sociedad, reformas educativas, normas sanitarias y económicas, la misma integración de nuestra economía en el mercado europeo de los doce. Y ningún tema, absolutamente ninguno, había sido auténticamente contrastado por un debate serio y necesario. Todo respondía a un guión previsto y a consignas fijadas de antemano. ¿Para qué entonces una farsa tan triste? Claro que allí se podía hablar —no en vano era un Parlamento—, se permitía hablar con tiempos bien medidos. Se autorizaba a hablar; pero lo que estaba rigurosamente prohibido era escuchar. Los largos parlamentos individuales no eran sino discursos paralelos para la galería, sin conexión entre sí, en una moderna y monstruosa Babel concertada. Solo había un problema en las sesiones públicas: la televisión en ocasiones era testigo de la farsa. Y a veces esta farsa no resultaba nada convincente. Entonces se recurría a conciertos espúreos llamados *negociaciones*. En ninguna otra esfera que no sea la política se oye tanto el termino *negociación*, ni siquiera en los recintos mercantiles de la compraventa. Se negocia, se trueca una idea a cambio de otra, se acepta esta conclusión si se aprueba también aquella otra. Y los argumentos intercambiables no tienen entre sí parentesco alguno: es posible saldar una enmienda sobre los presupuestos a cambio de una cláusula de la ley protectora de animales. Y



todo este sainete de sus Señorías resulta interminable, inútil, grotesco y gravoso.

Seguramente en esta sala que ocupamos, en esta Cámara Alta de la amistad, se preguntarán con qué títulos y tantas discrepancias sustanciales he podido acceder yo a funciones políticas. Yo ignoro las razones. Mis compañeros ideológicos de Asamblea Canaria, grupo de acción social de base, pensaron que los representaría dignamente. A lo largo de mi ya larga gestión de militante ilusionado y desilusionado, he intentado reunir en vano una lista de logros que me justificara. He observado con perplejidad que en general me han sido atribuidas dos virtudes únicas: honradez y humanidad. Pronto verán que ninguna de ellas me dan razón de vanagloria. Porque si las dos únicas virtudes de un gestor público fueran la humanidad y la honradez, aviados estaban los administrados, que más requieren de imaginación, sentido práctico y falta de escrúpulos. El hecho de que dos cualidades tan obvias se consideren excepcionales da medida de la pobre reputación que el gremio de los políticos disfruta. Más adelante confiaré a ustedes mi habitual angustia entre las dos éticas contradictorias que se superponen en la gestión pública: por una parte la ética personal y por otra la moral colectiva, la teoría y la praxis, la justicia y el pragmatismo, lo bueno y lo conveniente.

Llamar honrado a un gestor del patrimonio público implica un insulto encubierto. Y este insulto quedaría en evidencia si lo aplicáramos al terreno privado. Si dijéramos, por ejemplo: «Tengo un amigo extraordinariamente honrado; figúrense que visitó mi casa cuando yo estaba ausente y se marchó sin llevarse en los bolsillos ni un libro, ni una pluma ni un cubierto de plata siquiera ...» Cada vez que me llaman honesto siento el íntimo pudor de pertenecer a una mafia inconfesa.

En consecuencia, ¿cómo puedo sentirme cada vez que elogian mi humanidad? La imputación de ser *muy humano* me sume en vergüenza genérica. ¿Cómo puede tenerse por alabanza la simple pertenencia a una especie zoológica? Mal anda el hombre cuando el hombre mismo cuestiona o dosifica el grado de humanidad que le caracteriza. Porque yo no he oído jamás a un pastor elogiar a su perro porque es muy canino, su vaca muy bovina, muy caprinas sus cabras. Si decir *hombre humano* no es una redundancia, es que se ha producido en nuestra sociedad una degradación de valores elementales. Si decir hombre no nos resulta definidor, necesitamos otro término menos ambiguo, quizá el de *persona*, concreción de individuo racional, autónomo y solidario.

Cualquiera que sea la cota de poder al que accede la persona —libre, distinta y solidaria—, este poder ejerce sobre el sujeto una tremenda presión deformadora de su personalidad. Aquella persona que fue aupada a un cargo de responsabilidad sufre un agobiante acoso del aparato político-administrativo que intenta homogeneizarlo, conformarlo a su imagen y semejanza. Cada vez que los ciudadanos constatamos la degradación de un hombre público que empezó siendo hombre y deviene en poderoso homúnculo, solemos atribuir esta metamorfosis a la seducción halagadora del mando, la erótica del poder que hace olvidar los principios humanos en aras de los fines. Pero la realidad no tiene por lo general mucho que ver con el dios Eros; mas bien a otra divinidad, como Mercurio, cabría atribuir la nefasta influencia.



La integridad de la persona que ocupa un cargo decisorio ha de resistirse tenazmente al proceso degradante del medio, a la alienación del sistema que trata de convertirle en otro en beneficio de los grupos de presión dominantes. El político ha de ser un miembro de la resistencia si desea preservar la dignidad de su persona y la equidad de sus decisiones.

A esta pugna me refería antes cuando aludí al duro forcejeo entre dos éticas contradictorias que se superponen en la gestión pública: la ética individual de valores absolutos y una segunda moral de pautas relativas y pragmáticas que la usanza pretende consagrar.

No voy a decir que ejercer un poder de estar por casa como el que a mí me corresponde como presidente de un gobierno insular, plantee dilemas de conciencia de extrema gravedad, pero sí que por su significación y frecuencia pueden dar una idea del grado de aberración que un Poder con mayúscula es capaz de alcanzar. Casi diariamente vemos cómo la aplicación de normas estrictas se detiene a la puerta de los poderosos, cómo las simpatías particulares adulteran la justicia, cómo se justifica con harta frecuencia el perjuicio de los débiles en nombre del interés público. El interés público es el hermano menor de la razón de Estado. Cuando el Estado se arroga el derecho a decisiones indiscutibles, las clasifica entre las materias llamadas reservadas, las secuestra y las ejecuta sin apelación.

Sabemos que todo esto va a ocurrir cuando votamos a un candidato, ataviado, como su nombre indica, del cándido color impolito de las mejores intenciones. Elegimos a un hombre, acaso a una persona, que con el ejercicio del poder va a devenir en monstruo. Quiero insistir que esta metamorfosis no implica un engaño previo, ni una supuesta exótica de la fuerza. Lo que ha ocurrido aquí es que la ética dual del ente público ha destruido al hombre primitivo que se vistió de blanco.

Aun a riesgo de cansar o repetirme, voy a intentar definir lo que entiendo por ética dual.

Cuando decimos *ética* estamos hablando en griego clásico del *ethos*, d morada íntima, el carácter o la forma de ser. Si decimos *moral* estamos previendo el término latino *mos, moris*, hábito, costumbre, usanza. Un pueblo como el romano había de definir la virtud moral como el respeto establecido por el hábito; una cultura más individualista como la helénica dería por virtud una cualidad íntima. Dos conceptos bien distintos que hasta nosotros su importante equívoco. Es comprobable históricamente que sociedades distintas, sino con frecuencia semántica lo justifique, r son conceptos distintos, sino con frecuencia semántica lo justifique, r sociedades que cuidan celosamente la moralidad de sus costumbres, pondeen el orden de los ciudadanos de distintos polos coinciden en mente la conducta de los ciudadanos de distintos polos coinciden en violan, desprecian y atropellan la libertad del hombre y sus Como si los tiranos de todos los países quisieran disponer de correctas y aliñadas. En realidad a estas sociedades forma



bledo tanto la moral como la ética; acaso estimen sólo sus diminutivos aparentes: la moraleja y la etiqueta.

Sabemos por sentido común que el uso no consagra las cosas: en todo caso, las desgasta y ensucia. Sabemos también que una ética dual no engendra sino monstruos. Que tener dos morales es como tener dos almas, y que tener dos almas es no tener ninguna.

¿Cómo he experimentado en mí mismo, y en la mínima escala de un cargo insular, el desdoblamiento del espíritu? ¿No he preferido alguna vez la etiqueta a la ética? ¿No he enmascarado con moralejas demagógicas la orfandad moral? ¿No he agasajado institucionalmente a personajes políticos voraces y despreciables que hasta en su país de origen practicaban hasta el genocidio? Alguna vez, aunque muy pocas, en virtud de sagrados protocolos, he celebrado, brindado con estos personajes deleznable a quienes no sentaría jamás a mi mesa junto a mi mujer y mis hijos. Si esto no es practicar un doble juego ético, no sé qué pueda ser.

Y créanme ustedes que lo que más me asusta es que en mí mismo voy comprendiendo la vileza. Que contemplando la maqueta política en que me muevo, voy entendiendo el edificio inmenso de la iniquidad que rige las naciones.

En vano el espíritu de cada hombre va conquistando las más altas cotas de la caridad y del amor individual. En vano los códigos penales sancionan las conductas privadas. Cuando un individuo de nuestra sociedad adopta el cainismo como conducta propia, codicia, agrede, asesina, expolia a un semejante más débil ... indefectiblemente es repudiado por conciencias y leyes. El decálogo ético se vuelve coercitivo: no codiciarás, no robarás, no matarás. Pero he aquí que cuando una comunidad numerosa es la que codicia, agrede, asesina y expolia a otra comunidad, el desafuero es apoyado por su grupo social, que ensalza los laureles y la gloria para los más destacados en el crimen. Esto es así y todos lo sabemos y hay quien lo justifica.

Yo quisiera encontrar una excepción para la esperanza entre los dignatarios de las grandes naciones conocidas. Algún líder que, llegado el caso, no ofrezca como impar homenaje a su pueblo la masacre del pueblo vecino. Alguien que no defienda que el asesinato es una bendición de Dios para los herederos de las víctimas, cuando estos herederos son numerosos y amigos.

Hace unas semanas, un joven Presidente de los más poderosos, de inteligente porte, bondadosa sonrisa, cualidades sin duda descollantes, decide asesinar a medio centenar de personas remotas —niños, mujeres, hombres, sin nombres conocidos— con el fin de ganar en prestigio nacional. Y aquella sangre no salpica a nadie. El joven sigue enhiesto, sonriendo, su familia le abraza, entre el aplauso y los vítores de los compatriotas.

Entristece pensar que haya sido vano el esfuerzo de sabios y de santos, meditando sin tregua desde Sócrates sobre la perfección de la virtud. Al parecer sólo se ha conseguido con tanto elucubrar que algunos privilegiados se desmarquen del resto de mortales, pulcros candidatos a la gloria eterna, y puedan cantar, como en la vieja letra de Raimon: *Nosaltres no som d'eixe mon*. ¿De qué otro mundo somos?

Felizmente para su paciencia, casi he terminado.



El diálogo que pueda entablarse a continuación, acaso logre atenuar el tono apocalíptico de esta confesión mía. Ya advertí a su debido tiempo que mi aportación no iba a ser muy constructiva. Podría haberlo sido si hubiera desarrollado íntegramente el tema de la charla: *Grandeza y miseria del ejercicio político*. Me temo que haya olvidado la grandeza entre tanta miseria confesada. Acaso en esta confesión sincera radique mi única e ínfima grandeza.

Pedro Lezcano.
Presidente del Cabildo de Gran Canaria.
Poeta.